

# GUIA DE LA JOVEN POESIA ECUATORIANA

# OBRAS DEL AUTOR

---

## PUBLICADAS.

- Boletines de Mar y Tierra.**—Poesias. Editorial “Cervantes”. Barcelona. 1930.
- Cartas de Un Emigrado.**—Epistolario. Editorial “Elan”. Quito. 1933.
- Latitudes.** Crónicas. Editorial “América”. 1934.
- Rol de la Manzana.** Poesias. Editorial “Espasa-Calpe”. Madrid. 1935.
- El Tiempo Manual.** Poesias. Editorial “Literatura” (Pen Colección). Madrid. 1935.
- Bio rafia para Uso de los Pájaros.** Poesias. Editorial “Cuadernos del Hombre Nuevo”. Paris. 1937.
- La Hora de las Ventanas Iluminadas.** Poesias. Editorial “Ércilla”. Santiago de Chile. 1937.
- Le Temps Manuel.** Traducción Francesa de Adolphe de Falgeirolle. Ediciones Rene Debresse. Paris. 1936.
- Biographie a l’Usage des Oiseaux.** Traducción francesa de Edmond Vandercammen. Cahiers des poètes. Bruselas. 1937.

## EN PREPARACION.

- Microgramas.**—Precedidos de un ensayo sobre el micrograma y seguidos de una selección de Haikais japoneses. Ediciones “ASIA AMERICA.”

## PERSPECTIVA DE TRES SIGLOS

El relieve físico del país, la variedad de climas—cálido, con aliento de frutas y de marisma próxima, en el litoral que el mar Pacífico llena de conchas y de espumas; fresco y cruzado de vientos en la meseta; glacial y lluvioso en el páramo—, la fisonomía de las ciudades de española arquitectura y de espíritu entre indígena y criollo, han determinado en el Ecuador una poesía característica, de diferenciadas voces y encaminada por dos derroteros raciales. Durante la Colonia, y hasta el segundo cuarto del Siglo XIX, el pueblo vivía sin escuelas y sin libros y la cultura visitaba sólo los salones de las clases acomodadas. Los jesuitas eran los únicos que escribían en renglones cortos—o mejor, fabricaban cofitura lírica—y componían décimas, letrillas y toda clase de malabarismos verbales, en los que se habían adiestrado caminando por los intrincados vericuetos del latín. El viento del culteranismo sacudía los hábitos religiosos y las bellas letras se servían rociadas abundantemente de miel graciesca y gongorina. Fabio—el de las ruinas de Itálica—trasplantado a la andina meseta, a orillas de los ríos labra-

dores, entre árboles y pájaros americanos, sufría de un catarro crónico.

Luego viene la época de los fabulistas, en que García Goyena se lleva la palma en las Américas del sur y del centro, y las sombras se aclaran con el resplandor épico de Olmedo — de educación también jesuítica —, amigo de Bolívar y libertador y legislador él mismo como los vates de la antigüedad. Otra vez las epístolas a Fabio. (García Moreno alterna los decretos presidenciales con la sátira y el epigrama, ciñéndose a la métrica española como a las encíclicas de Su Santidad, al que hace asignar por el Congreso una pensión en su cautiverio)

La poesía de sabor y tema indígenas se inicia con Juan León Mera, sigue con Luis Cordero — elegíaco y jocoso a la vez —, Quintiliano Sanchez, Crespo Toral, Romero León, y culmina en un sector de la poética actual. Mientras tanto, la tradición española se continúa en Julio Zaldumbide — formado en el modelo de Fray Luis, el del aire que orea el huerto y “los árboles menean con un manso ruido” —; Honorato Vázquez, señor del idioma, unas veces popular y otras arcaizante, autor de romances que nadie ha superado en el Ecuador; Riofrío; Miguel Moreno y otros, hasta dar en los petas más jóvenes como los hermanos Rumazo González, Antonio Montalvo y Romero Cordero que es igualmente español cuando canta a los indios — a las civilizaciones precolombinas — que cuando invoca a las carabelas del Descubrimiento.

Hay un paréntesis de tiempo en que esta tradición se interrumpe y el aura francesa impulsa a crecer a los retoños, a los nuevos elementos de la cultura ecuatoriana. Son cuatro lustros—desde 1909, publicación de “Flores Tardías y Joyas Ajenas,” hasta 1929, muerte de Humberto Fierro—en que andan de mano en mano Baudelaire y los simbolistas. Arturo Borja, Silva, Noboa, Fierro, publican sus cuadernos líricos donde hay un fárrago decorativo de rosas, surtidores, cisnes y flautas y donde se transparenta, como en una fuente, la sombra de Samain.

## NUEVAS CONSTRUCCIONES

Una transformación política dá comienzo a la vida nueva. 1925—1926. Aparecen algunos libros auténticamente renovadores, entre ellos “Treinta Poemas de mi Tierra,” cuyo autor, Jorge Reyes, canta las calles coloniales, los patios—ampliamente abiertos al cielo como los patios andaluces—, las leyendas, la fisonomía criolla de la ciudad de Quito. Exhibe el libro un poema en loor de Miguel de Santiago, pintor ecuatoriano que logró durante el coloniaje una trascendencia universal. Reyes es agudo, sarcástico, observador fiel, con un pliegue de amargura y otro de cinismo en su poesía. Ya alguien ha dicho de él que tiene una psicología de pilluelo de arrabal. En su manera hay una secreta intención de no aceptar antecesores y de revolucionar ciertos conceptos que parecían vitales. De renunciar a todo acicalamiento lírico y despojarse de lo falso y lo superfluo. Su desnudez parece sumergirse a veces en el prosaísmo; pero, a poco ahondar, se encuentran casi siempre ocultas y finas esencias poéticas. En su último libro “Quito, Arrabal del Cielo,” se extreman algunas de

sus características anteriores, su imagen se clarifica y se humaniza, buscando su origen en las cosas, en la realidad sin relieve de la monótona vida diaria, sin perder los acostumbrados ecos nativistas, en especial ciertas resonancias de Silva Valdés. De las asperezas del vivir, su poesía acaba por extraer un jugo de rebeldía, una acidez filosófica que cree que solo una revolución social puede redimir al mundo de su fealdad. Reyes en los últimos tiempos se acerca al actual Alberti—autor de la desbordada VIDA DE MI SANGRE y de CONSIGNAS—no sólo por la factura de sus versos, sino también por su imagen, de estructura que se puede calificar de proletaria :

“ No lejos de los ojos tenaces de las ventanas  
ni de los ladrillos que descienden desde las techumbres  
envejecidas,

junto a los chicos cuya patria es un charco  
y que se alegran como las gallinas entre el estiércol.”

(HOMBRES Y MUJERES JUNTOS)

“ En un país de primavera  
donde el cielo es una cosa azul y alta  
y los árboles crecen como hombres ;

en un país de primavera  
donde la caña brava es mansa  
y los trigales lindos y rechonchos  
y el cacao huele casi como cacao ;

en un país de primavera  
ah, cada cual es importante.

Olvida mi aspecto deplorable  
 por este saber mío donde están mis zapatos,  
 mi cabeza sin palmas  
 y la angustia invadiendo, deprimiendo, arrollando  
 y el hambre de las gentes arrastrándose  
 y los hombres lamiendo la mano de los hombres  
 y la mira de los fusiles  
 atajando el avance de los gritos.”

(EL GUSTO DE LA TIERRA)

Miguel Angel León es un valorizador estético de cosas y paisajes, un animador de la vida criolla, un testigo patético del multánime dialogar de volcanes y lagos, bosques y ríos en la meseta americana. Interpreta la voz y el activo fluir de los elementos : el agua, el fuego, el aire. En su libro “Labios Sonámbulos” cultiva la modalidad ultraica, con un matiz muy personal que le coloca entre los poetas ecuatorianos de imágenes más felices. A su habitual tono campestre, a su amor de lo inmenso a la vez que del detalle, suma una visión panorámica del Continente y su poesía adquiere el vigor de la arenga, el vuelo entusiasta de una encendida fé en la futura unión de todos los pueblos de América y en el advenimiento de un nuevo orden vital que haga gozosa la permanencia del hombre en la tierra.

Después de su primer florecimiento poético, León, solicitado por las tareas menudas de su modesta vida en la provincia natal—que ilustra el Chimborazo con

su cristalina presencia—ha escrito con mano desalentada. :

“Vivo como en un jardín entre los escombros de mi juventud sin historia.

Todo lo he borrado con una alzada de hombros y amo más a mi perro que a la gloria.”

## LINDEROS DE LA EPICA

Hay que remontar las aguas de la lírica ecuatoriana para dar, hace doce años, con la obra inicial de Gonzalo Escudero, en ese entonces neoparnasiano y cazador de vocablos exóticos por los jardines de Herrera y Reissig. Escudero posee un recio temperamento artístico y una cultura de paciente acarreo que le dan un sitio de preferencia en el panorama de la joven poesía. Alternando los estudios sociológicos y los menesteres políticos con los viajes, el poeta ha ido afirmando su concepción ética y estética del universo y fortaleciendo en un constante ejercicio su imagen que adquiere progresivamente una agresiva flexibilidad de músculo. En Madrid apareció hace algunos años su libro "Hélices de Huracán y de Sol" que lo sitúa en el cuadro de la nueva épica, por la intención, el tono y el impulso. Hay rezagos, en su actual manera, de las "Parábolas de la Luz y de la Tiniebla, del Sol y del Infinito," ya que es la misma línea de extraño panteísmo y de cósmico temblor la que se continúa en este libro último. Pero el poeta no es el instrumento del cosmos, ni se oye por su intermedio

el mensaje de la tierra. Más bien, se alza delirante, en actitud retadora contra los elementos, y su frente va a dar contra los límites, las nociones humanas de infinito, de Dios, de espacio, de eternidad.

El mundo se le presenta alegóricamente y se niega a librarle—no sin lucha—su oculto significado, quedándose el contemplador en el reino confuso de las apariencias. Así, el ventisquero es una garra, la noche es un órgano, el huracán enarbola catedrales de arena, el universo salta con su cox infinita, el trueno es el “sorbo de Dios.” Los remolinos de astros, las vorágines de tinieblas, la luz, son el cortejo del poeta que viene de atesorar experiencia en la mejor poesía francesa: Lautreamont, Claudel, Salmon. La numerosa anchura claudeliana se despliega al través de todo su canto. Isidoro Ducasse aparece y desaparece como un fantasma, entre misteriosas imágenes: “El hacha del espasmo decapita a los amantes,” “la cerveza negra de los acantilados,” “las muchachas en cinta cuyo vientre es un acordeón que aúlla,” “se oye la noche torrencial como un circo de fieras,” y, sobre todo, esos alucinados “Ases”:

“Rabo, cometa nómade, lobo siniestro, diente  
mortal, trece personas en la mesa y tres luces,  
partículas volátiles de un espejo nepente,  
arañazo de gato y caída de bruces.  
Trece horas del reloj, sexo del tiempo. Muertos  
que cabriolan de amor al ritmo de sus zancos,  
enastando en los mástiles de los mares desiertos

la banderola de sus doce dientes blancos.  
 Araña que nos roe romántica el costado.  
 Isidoro Ducasse que apura plomo hirviendo.  
 Coces chasqueantes y ácidas que dispara el ahogado,  
 petardos de vitriolo en la luz del torrente.”

“La Ciudad Antártica” nos trae a la memoria “La Ciudad Polar” de Andrés Salmon. Mas la voz poderosa y personal del poeta domina el coro de las pequeñas reminiscencias y se levanta vital y esdrújula. Ensayo, de vez en cuando, una interpretación del paisaje americano y enumera los grandes fenómenos naturales en un original y lírico inventario :

“Barrancos heridos  
 por las tizonas líquidas de las cascadas.  
 Huracanes que derriban a los robles.  
 Incendio de berilo de las selvas.  
 Tormenta que descuaja los árboles.  
 Lagos, cacharros para beber los plenilunios.  
 Pumas que saltan con su torso de mujeres vencidas.  
 Hogueras que salpican a la tiniebla  
 con surtidores de fuego.  
 Diluvio de estrellas para construir el arca  
 de nuestra muerte inmortal,  
 con el cedro oloroso de las noches  
 y los clavos húmedos de tu mirada.  
 Y Dios que oye el silencio.  
 Y el tiempo. Y los guijarros. Y los hombres

que ruedan a los vórtices.!"

Poesía de dos caras esta de Gonzalo Escudero, de dos planos, dos valencias. Desorbitada, grandilocuente, torrencial, en el anverso. Mesurada, grave, de interior deslumbramiento en el reverso. En el plano de la lírica ecuatoriana es el relieve másculo, la línea ascendente y viril, la caudalosa corriente sanguínea que vá a nutrir un golfo de juventud y fuerza, al revés de esa hidrografía anémica que crece o decrece exclusivamente al influjo de la luna.

## POESIA RUSTICANA

Cuenca del Ecuador es toda altura, risco, montaña. La montaña en un costado se hace camino. El camino trepa hasta el agave de agudas pencas. El escapeo del agave se adelgaza en la luz, se hace casi suspiro y sube al cielo. En este ascético paisaje crece de modo silvestre la poesía mística y rusticana. Así, Remigio Romero y Cordero dice el elogio de las aldeas—“alquitaras de sencillez”—, de los rebaños, de los árboles regionales, de las mujeres del campo, de las costumbres y creencias de la comarca. El eje central de todo cuanto escribe es este amor de su suelo que simboliza el capulí nativo, árbol heráldico y cósmico, “árbol cañari más viejo que el relámpago.” Ensayo a veces el poeta olvidadas músicas, de origen incásico, araucano o guaraní, y hace el escorzo de un Ecuador bárbaro, precolonial, poblado de tribus que profesan un culto animista y adoran al sol, a la planta, al volcán.

Mas, su poesía donde se salva definitivamente del doble peligro de la cursilería y la pirotecnia verbal y donde cobra un vital acento, una tierna luz, es en la glosa de la vida agraria, en la pintura de los pequeños

movimientos de la naturaleza : la ambulancia de los pájaros, el rodar de los tamos en las eras, el cantar del río que “templa y destempla su cordaje de olas.” El otro lado de su obra poética es la elegía. Grávida de imágenes es su “Elegía del Terremoto.” En ella y en sus exaltaciones de Bolívar, de Juan Montalvo y de Cuenca de las Indias, el poeta ha tratado de “reducir la épica a paisaje,” para usar una frase feliz de Augusto Arias. Mas, no hay que olvidar que Romero y Cordeiro es, sobre todas las cosas, un poeta agricultor, católico, enmarcado en la doble tradición indígena y española de las letras ecuatorianas.

## MAS CERCA DE EUROPA

En el panorama de la poesía ecuatoriana de los últimos quince años, ningún poeta más maduro y rico de experiencia vital que Alfredo Gangotena. Nadie representa como él las excursiones del espíritu por las tortuosas galerías del subconsciente, la aventura misteriosa del hombre sobre la tierra, los sobresaltos de la nueva sensibilidad ante el descubrimiento de las cosas. Sin embargo, el público lo ignora casi por completo, pues Gangotena escribe siempre en francés. Su primer libro "Orogénie" fué editado por la "Nouvelle Revue Française" y mereció el comentario elogioso de Supervielle, Michaux y otros. El lirismo de Gangotena—escribí una vez en TRIBUNE 1936— es torrencioso, inocente y ácido al mismo tiempo, lleno de recuerdos de infancia, de plegarias y blasfemias, de ecos de tempestad y de signos de sangre."

Como Pierre Jean Jouve, el poeta busca los "caudales de la noche," se refugia en la noche "asilo de ébano." Odia a la tierra y construye, a muchos palmos sobre ella, sus altas moradas. Y en su libro "Absence" llega a los superiores escalones de donde

se alcanza la gracia suma e intransferible. Pero, por su lengua y su libre actitud, Alfredo Gangotena es, ante todo, poeta francés. Y como tal merece un estudio detenido, y profundo y no este simple barajar de notas, esta rápida exhibición de muestrario. Ese estudio se hace imprescindible para reconstruir en todo su contorno el perfil de la nueva poesía.

Es menester dar un salto para encontrar—ya fuera del laberinto orográfico de Gangotena—ciertos otros hombres no desprovistos de interés: Rumazo González, Mata, Llerena. En una interpretación pictórica del inquietante Víctor Mideros, se vé la cabeza del poeta José Rumazo González, hecha como de andecita o de pétreo carbón que vá evolucionando a diamante, sumergida en las aguas eternas donde las ondas enredan innumerables caminos y dibujan seres monstruosos, todo un submarino mundo fantástico. Esta es la mejor interpretación de la poesía del joven autor de "Proa" y "Altamar": Una cabeza sólida, cruzada de mensajes antiguos y modernos.

En "Proa," Rumazo González intentó varias formas, numerosos géneros poéticos, sin siquiera preterir el antañero romance y los cantares. El lastre clásico—con vetas de latín y hebreo—le dá al poeta agilidad verbal y maestría técnica. Aparecen, página a página, mundos nuevos, irreales, cuajándose en creación ininterrumpida. Bengala de metáforas, cohetes de imágenes que iluminan sin cesar su cielo poético. Poesía cerebral, en invención continua, multiforme, en la que a veces

se anuncia el escalofrío del subconsciente. En este libro inicial, el poeta se revela descendiente de los maestros castellanos—o mejor, de la literatura jesuítica, escolástica—y pariente de los vanguardistas andaluces. (“Pastel lunar”: ¿Alberti?; “Saeta”: ¿García Lorca?).

Desdibujado, trunco, arbitrario, esotérico, desigual, es José Rumazo González; pero poseedor de un vocabulario rico, de un cabal don poético. Ha inventado una teoría para la emoción. Tal vez no hay otro poeta ecuatoriano que represente en mayor grado el gusto de la técnica y de la modalidad neo-culterana. Ha adoptado la imagen múltiple en su libro “Altamar” (1932), creando la anfimetáfora, o metáfora desdoblada, luz y reflejo, voz y eco. La “resonancia” es al poema como la sombra al cuerpo. “Es—dice el autor—disyunción del tema, disgregación para una nueva creación, aludiendo explicativamente a la estrofa principal y fugándose de ella. Por ese artificio se logra trasplantar el sentido de la imagen, desvelándolo solo en principio y haciéndole también motivo de símbolo. La resonancia es asimismo un comentario, decentra y corea, explica la síntesis con una nueva síntesis, como dos sistemas celulares que se estuvieran codeando.” Cada poesía contiene una explicación técnica, el tema propiamente dicho, la resonancia espiritual en prosa, y luego unas anotaciones finales que el autor llama “voces extranjeras.”

El poeta de afilada vista, transeúnte por las avenidas de la belleza contemporánea, canta las cosas más dis-

pares, desde el agua del surtidor "lengua de colibrí," "las enaguas azules de mica de alta noche," los capullos en que "el aire está vendado," hasta "las electricidades dormidas en metales," las moscas "ataúdes volantes" (Saint-Paul Roux?), la sombra "tortuga macabra," "el corazón salvaje que convoca a sus hogueras," etc., toda una poesía de tono espectral que culmina en "Organo Semanal," "Lamentación" y "Los Espigadores" que impresionan como un fuerte grabado de Dürero.

Ejemplos de Rumazo González:

- 1.—"Hoja bordada de trinos,  
lengua habladora en el viento,  
seca, pegada a la encía  
del lodo muerto del suelo.
- 2.—"Clarear de las bahías. Feria del altamar.  
Con vellones de espuma se afeita el archipié-  
lago  
Feria de bajamar. Las galeras se venden  
el horizonte en búcaros y la brisa en balanzas.
- 3.—"Para entreabrir los botones  
llegaba en pinzas el sol.  
La niña en talle de blanco,  
enfermera de las flores.  
Que a este capullo le den  
leche fresca de la luna.  
Si no la quiere tomar,  
si llora de madrugada . . ."

## MAS CERCA DE LOS INDIOS

De origen español por sus antepasados y de espíritu indígena—ecuatoriano—por propia y voluntaria inclinación, G. Humberto Mata presta con su poesía un servicio social: coopera a la reivindicación de los derechos de la raza india. Su manera desbordante y atropellada, torrencial y numerosa, es una exaltación del coraje, del esfuerzo, de la violencia, de los trabajos rudos de la tierra. El caudal anchuroso de su poesía vá arrastrando, como guijas bárbaras, algunos vocablos de la lengua quechua que rompen los limpios cristales del castellano. En su libro "Galope de Volcanes"—confuso y desorbitado; pero original y rico—el poeta exalta a Sandido y a Mariátegui, pinta comarcas de la meseta donde charla con la brisa el maíz barbitaheño y donde levantan sus puños al cielo los restos volcánicos de antiguos cataclismos, describe las costumbres indígenas, impreca y amenaza, bravo y señero en su mirador de Yanuncay. Contempla "los rios que ya han dormido sus piedras mamas de tiempo" y dibuja al aborigen que es:

"el Jesús de los Andes que, en medio de las mareas

de las boyadas, avanza  
con un sermón humilde de sus labios, desjarretadas  
sus venas  
y sus brazos, balanzas sopesando sembríos entre las  
tierras del amo."

No está desprovista, sin embargo, su poesía de un grano original de idealismo, de un ahelo de elevación, a pesar de su urgimiento dinámico: "Con un sorbo de cielo me anego el corazón para estar desnudo de ciudades," dice. Un resonar de viento andino que viene de José Varallanos y de Peralta, el gran poeta del Perú, se cuele por los anchos canales de su poesía. Hay una vibración ininterrumpida de entusiasmo en su perfil y exaltación de Mariátegui, el apóstol máximo cuya ideología flota como una bandera sobre la América joven:

"Tú que fuiste puro, espuma de leche de ideas en  
un cuenco de infinito,  
Diste hasta donde está corroída la placenta de las  
madres indias de Occidente.  
Vivificaste organismos vitaminando los tobillos de  
los hombres en su marcha a lo lejos,  
y tú, a quien la torpeza del desastre cercenara las  
piernas, para abonar las bombas de tus medita-  
ciones  
corrías delante de las multitudes, afilado de máximas  
y crecido en derroteros con tus latidos extensos.  
Por el indio diluvial de congoja, cañoneado de  
noches y arrecho de maizales.

José Carlos Mariátegui, bramido americano en la  
historia de todas las latitudes fecundadas  
por tus libros descuajados de tu vida,  
tronco de sol al fondo de los callejones tartamudos  
de tu época.”

## PLANO DEL NUEVO ECUADOR

Esta línea de autenticidad racial y estética se continúa en José Alfredo Llerena, Ignacio Lasso, Atanasio Viteri, Abel Romeo Castillo, Suárez Burneo, Hugo Alemán, Alejandro Carrión, Augusto Sacoto Arias, Gallegos Lara, Gil Gilbert, Humberto Vacas, Pedro Jorge Vera y otros más nuevos. Llerena y Lasso han hecho juntos, en su primera época, frecuentes caminatas por el mundo de maravilla de Torres Bodet, separándose más tarde con opuestas direcciones: el primero hacia un arte sapiente y denso de pensamiento, palpitante de objetivismo, empapado de humanidad, y el segundo hacia una introspección refinada, certera, febril, con súbitas iluminaciones del Inconsciente, como los surrealistas franceses.

En el cuaderno lírico de Llerena, "*Agonía y Paisaje del Caballo*," pasa un estremecimiento geórgico, un aire sano de campo de labor, una ancha respiración de pulmón rural que se regocija entre la tarde "que pinta el gallinero de gallinas moradas" (¿Francis Jammes?); pero que sufre también el peso de una atmósfera cargada de lágrimas y juramentos de las masas paupérrimas.

mas. Llerena pinta al caballo con colores eternos, en un ambiente de imágenes dotadas de vida propia :

Cuando en los cerros los jornaleros sacuden el carmín de la tarde

y cuando los latifundios se sepultan en azules mítines

y trémulos sacerdotes verdes hinchan el alma ritual del ganado,

el caballo esponja su menisco, su menisco espacial, en el que tambalean las áreas del dorado cultivo,

Y cuando habla de los hombres, su voz tiene un grave acento profético :

“ Los hombres van de cuatro en fondo, tal como comenzaron,

sus perfiles hacen altos y bajos como las cordilleras.

Dios sigue detrás de los pasos.

Dios vá siguiendo a los soldados ;

sabe Dios que se le van los hombres

porque sabe Dios que los hombres están vestidos de soldados ”

Ignacio Lasso reunió en su libro “*Escafandra*” toda su poesía de los veinte años. Su escafandra es de cristal, y sus buceos, a través de las masas líquidas móviles y translúcidas, le conducen a secretas profundidades donde no es raro que halle fabulosos tesoros :

“ Ya está podrida la miel de las rosas !

Podeis venir a ver este olfato del perfume en escombros,

esta herida que deja escapar un trino lastimado en las alas

y el naufragio inaudito de una gaviota partida por un rayo.

Al fondo del orgullo que sólo tú presentes ensancha un polipero su marea de insomnios.”

Convencido de la triple victoria del dolor, de la materia y de la fealdad, el poeta ha visto “la caída del ángel desde el último peldaño de una flauta.”

Alejandro Carrión, en cambio, abandona el mundo de las sutiles representaciones por la realidad inmediata de la tierra que le rodea. Las cosechas, la sequía, las inundaciones—o sea los episodios principales del gran drama agrario—le sirven de temas poéticos :

“De pronto al campo se le había caído la sonrisa de los labios.

Los ríos cada día llegaban más escuálidos y, sin ser época de cosechas, las sementeras se habían vuelto doradas.

Parecía próximo el día en que murieran de sed los manantiales.

Los pájaros habían dejado de cantar y organizaban una emigración desesperada.”

Aquí es menester citar a Sacoto Arias cuya poesía se ubica entre la estilización imaginativa y el gusto de lo arbitrario que caracterizan a Lasso y el realismo actualista de Carrión. Tal vez se excede a veces, pero sin sacrificar la gracia, como cuando dice “el corazón me salta como un grillo ante tus ojos que inauguran

un kindergarten de luceros," o "tu risa vasca de florecilla o alheli de acero," o cuando habla de "gnomos comiendo amapolas y hormigas" y "ángeles cazando osos polares." En este último tiempo le vá invadiendo la tristeza al poeta, gradualmente, como un vino áspero, o como una música, o como un lazo de frío que le aprieta cada vez más la garganta. Y su poesía se vuelve trascendental y aérea a la vez, animada de no sé qué interna virtud que le presta resonancias eternas:

“Entonces se te acercan con pié de luz cojeando  
ancianos que tú sabes sepultados  
y te preguntan por la dulce cúpula,  
por el trigo anchuroso, por el niño  
que tú has visto apagarse,  
y los ancianos vuelan seguidos de campanas,  
y una rosa te nombra y tú la nombras  
y a la margen de un río de sangre lloras.”

La aparición de Humberto Vacas con su libro "Canto a lo Oscuro" marca el descubrimiento de un nuevo camino en el panorama poético del Ecuador. Este camino lleva a las profundidades subterráneas donde dormitan los minerales preciosos, a las galerías espirituales donde secretas lámparas de acetileno juegan sus naipes de sombra y de claridad. Una voz sibilina dice su horóscopo que el hombre escucha temblando. Y la muerte y el sueño son como "ventanas

abiertas eternamente” sobre un mundo donde viven en silencio las cosas olvidadas e inútiles. Mas Humberto Vacas, como sus compañeros, no permanece extraño a las turbulencias de su tiempo y al dolor de las multitudes, con las que se mezcla y a las que suma su joven y enérgica voz que nos hace recordar, por su desbordamiento, el grito de Ayguesparse en “La Mer a boire.”

Igualmente, en Pedro Jorge Vera hay un gran vigor. El vigor y el crecimiento del vegetal que rompe la clausura de la semilla con voluntad triunfadora hasta convertirse en tallo, en planta, en árbol. Esta virtud vital es la que late en las páginas de su “Nuevo Itinerario” anunciándonos el nacimiento de un poeta que pone el pié seguro en el primer peldaño de la escala ascendente.

Abel Romeo Castillo, poeta civil, se interna por el laberinto de la más castiza tradición, toma el pulso a la lírica de la nueva España y bruñe a punta de ágata sus romances modernos, destinados a servir de frescos murales y folklóricos en las galerías de su “Descubrimiento de Guayaquil,” que inicia -como el romanceró bonaerense de Luis Cané- la vuelta a la poesía costumbrista, nutrida de jugos de cultura, de historia anecdótica, de pueblo en movimiento.

Y vienen luego en grupo múltiple, apretado y prometedor los más nuevos: Jorge I. Guerrero, Nela Martínez, Francisco Borja, Montalvo, Aguirre, Espinosa, Nelsón Estupiñán, etc.—Antonio Montalvo busca,

entre músicas pitagóricas y gongóricas, su auténtico camino, que parece conducirlo hacia la doble clave de la vida y la muerte. Telmo N. Vaca vierte en sus cuadernos una poesía dinámica, grandilocuente, de intencón social. Sergio Núñez deja por las modernas teorías de redención económica su soledad nietzscheana. Manuel Agustín Aguirre se suma a la brigada neo-creacionista con sus "Poemas Automáticos." Carlos M. Espinosa acendra día a día su cultura contemporánea y ofrece al gusto exigente de hoy su poesía delgada, transparente, de interior resonancia, donde a veces irrumpe una luz del malagueño poeta de "Soledades Juntas," Manuel Altolaguirre.

Todos estos nuevos valores preparan el campo del futuro realizador, llamado a incorporar a la poesía la realidad autóctona: la promissora alegría de las tierras calientes, el gesto ceñudo de la Sierra, la vida del indio, los trabajos y los días, el cantar popular que fuga azotado por la música de las guitarras, el himno geórgico del cacao y del café, el asalto inmóvil del cañaverál—silvestre infantería—, y, en fin, la vestidura vegetal y la entraña mineral del país, que han permanecido ocultas—incógnitas—para el viajero urgido que sacrifica el deleite de ver a la prisa de llegar.